
José Muro Ríos: historia de una vocación

Patricia Núñez Martínez
El Colegio de Jalisco

José Muro Ríos nació el 21 de febrero de 1919 en el barrio de San Francisco, llamado antiguamente del Rescoldo, un comisariado que hoy pertenece a Apozol, municipio de Zacatecas.

Aquí vivió sus primeros cuatro años, hasta que sus padres, José Refugio Muro Castañeda y María Anselma Ríos Martínez, decidieron residir en Apozol, a efecto de poder brindarles a sus hijos la oportunidad de ingresar al sistema educativo oficial.

De esta manera, José Muro ingresó en 1926 a la escuela primaria elemental “Benito Juárez” de dicha cabecera municipal; su maestro predilecto fue el profesor J. Jesús González Márquez, a quien recuerda aún con mucho cariño, y como “un gran maestro autodidacta interesado en las cuestiones de la historia”, principal responsable de la inclinación que José Muro sintiera desde muy pequeño por el conocimiento de la historia.

El padre de Muro fue un agricultor con mucha experiencia, dedicado sobre todo a cultivar maíz, frijol, trigo, caña de azúcar y hortalizas, obteniendo con su venta los recursos económicos necesarios para solventar debidamente el bienestar familiar.

Sin embargo, pronto comprendió que a su hijo José no le interesaba mayormente ocuparse de las faenas agrícolas, motivo por el cual le permitió el traslado a la ciudad de Guadalajara para que continuara con sus estudios de secundaria y preparatoria.

En 1930, ingresó a un establecimiento particular de educación, el Colegio Zavala, cuyo propietario era don José Zavala. El mismo José Muro opina que era uno de los mejores colegios existentes por esos años en Guadalajara, al que acudían hijos de familias tapatías de recursos económicos mayores. De 1933 a 1935 cursó la preparatoria en el mismo plantel; entre 1939 y 1940 estudió el bachillerato de literatura en el Colegio Joaquín Camacho, período en el cual también se inscribió en un curso-ta-

ller de historia patria y técnica de la historia en la Cámara de Comercio de Guadalajara.

Al concluir estos estudios se produjo un cambio importante, pues tomó la decisión de ingresar a una escuela técnica, donde se capacitó como contador privado; ello debido a que su padre acababa de fallecer y el entonces joven Muro se veía en la necesidad de hacerse cargo de su familia.

Su primera experiencia de trabajo fue como jefe de personal en los Laboratorios Alpha, pero al ver que sus ingresos no eran suficientes para el sostenimiento de su madre y sus cuatro hermanos, quienes ya se encontraban viviendo con él en Guadalajara, decidió renunciar a su empleo y aceptar la propuesta que le hizo el entonces gobernador del estado de Jalisco, Agustín Yáñez, de asumir el puesto de contador general de la Central Camionera de Guadalajara.

Para conservar este empleo, el mismo Agustín Yáñez le consiguió que asistiera a la Universidad de Guadalajara donde tomó diferentes cursos de contaduría pública, presentando después exámenes a título de suficiencia.

Muro fue el primer contador general de la Central Camionera de Guadalajara, empleo que desempeñó desde 1955 hasta 1973, año en el que decidió dedicarse de tiempo completo a satisfacer su afición por la historia y la poesía.

José Muro es un historiador con verdadera vocación. El mismo nos refiere que desde a la edad de 9 o 10 años ya le gustaba leer todo lo que encontraba a su alcance sobre historia de la región. Ya hacia 1935 empezaba a escribir lo que la gente mayor le platicaba de sus recuerdos sobre diferentes aspectos de la vida; dicho de otro modo, a su manera ejercía lo que hoy conocemos como historia oral.

Desde muy pequeño se empeñó en poseer una buena biblioteca, misma que ha ido formando desde entonces. Nos cuenta que prefería comprar un libro que un par de zapatos. Pues bien, a base de interés y de muchos sacrificios, hoy disfruta de una enorme biblioteca, compuesta de unos 15 mil volúmenes, especializada en historia y literatura.

Además de historiador, Muro es poeta de gran finura; escribe poesía todos los días del año y se considera “un eterno enamorado de todo lo bello que nos ofrece la vida”. El gobierno de Zacatecas y la Universidad Autónoma del mismo estado, recientemente le otorgaron un diploma por considerarlo un trovador que ha contribuido al desarrollo de la cultura literaria y a la proyección del Estado y, próximamente, editarán una antología de sus poemas, la cual contendrá composiciones de todo género.

Muchos de ellos han sido publicados ya en los diarios *El Occidental* y *Ocho Columnas*, de Guadalajara; en el periódico *Mi Pueblo*, de Mez-

quitic. Jalisco; en la revista *Labor*, órgano de difusión de la Congregación Mariana de San José, y en otra revista de giro comercial denominada *Paquita*, que se edita en la ciudad de México. En una sección de esta última, denominada “Semblanzas líricas de escritores de América”, allá por el año de 1951 se escribió sobre el señor Muro lo siguiente:

Peregrino de la vida y cautivo del dolor, José Muro Ríos, dejó fluir la savia sentimental de su alma, y de su numen poético que con habitual modestia se empeña en ocultar, surgieron sus primeros versos... poemas de amor... ausencia y desesperanza.

Con sencillez de provincia el joven trovero canta y a ella su segunda tierra, Guadalajara, ha entregado las primicias de su estro apasionado del ideal, que incansable persigue por las rutas azules del ensueño...

José Muro Ríos en su afán de negarse como poeta, no se prodiga, debiendo hacerlo, ya que lleva en la mente y en el alma, un manantial de inagotable inspiración que debe liberar, para mitigar la sed de ternura, blancura y comprensión que sólo a los poetas les es dable prodigar, aún entregando a trozos su propio corazón.

Apozol, pintoresco cañón del sur de Zacatecas, lugar de su origen, espera la ofrenda lírica de José Muro Ríos quien debe abrir de par en par las alas del espíritu para volar muy alto, ya que tiene fluidez, estilo y hondura de sentimientos.

José Muro cultivó una amistad muy estrecha con el poeta español Pedro Garfias, y con Salvador Novo y Carlos Pellicer, quienes lo alentaron repetidas veces a proseguir su aventura lírica.

Juchipila, Apozol y Zapopan han sido el panorama de inspiración para José Muro, a los que ha dedicado hermosos versos. El Colegio de Jalisco tuvo oportunidad de publicar, a principios de 1993, una de sus varias poesías dedicadas a la villa zapopana.

Ha sustentado, además, un gran número de conferencias en diversos centros de cultura, entre los que se encuentran el Centro de Estudios Históricos “Fray Antonio Tello”, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, la Casa Jalisciense de las Culturas Indígenas, el Instituto Cultural Cabañas, el convento franciscano de Zapopan y la Universidad del Valle de Atemajac. Asimismo, ha dictado conferencias en diferentes ayuntamientos, como el de Tonalá, Tlaquepaque, Zapopan, Colotlán e Ixtlahuacán del Río, en Jalisco; y en el estado de Zacatecas, en Jalpa, Apozol, Juchipila, Moyahua, Sombrerete y Jerez.

Es miembro activo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, del Centro de Estudios Históricos “Fray Antonio Tello”; miembro de la comisión de cultura de apoyo a los pueblos indígenas en el Instituto Nacional Indigenista, presidente fundador del grupo “Información sobre Guadalajara A.C.”, miembro del patronato en formación para la fundación del museo de Juchipila, cronista consultor de los cronistas de las tres regiones cascanas: Tlaltenango, Juchipila y No-

chistlán. Otro de los cargos que desempeña, del cual se siente sumamente orgulloso, es el de "hermano fiestero del Xúchil", en Juchipila.

Es autor de varias obras, entre las que destacan: *La pastorela de Amozóchil* (1985), donde explica cómo, desde mediados del siglo XVI, se utilizó la pastorela como un elemento fundamental para la evangelización. El libro describe algunos aspectos históricos de Amozóchil, pueblo localizado a tres kilómetros al oriente de Juchipila, así como la presencia de los franciscanos encargados de la conversión indígena en la región. Se transcribe finalmente la pastorela de Amozóchil, cuya representación tenía lugar la noche del 24 de diciembre y a la cual acudía gente de todos los rumbos del cañón de Juchipila, viéndose "los caminos repletos de gente que, a pie, a caballo o jumento, iban a la función. El comercio era intenso de vendimias, cañas, cacahuates, frutas de horno y panes, dulces de la región como charrascas y ponteduros, sin faltar las bebidas calientes con algo de licor".

Aportaciones de un testamento para la historia regional (1986), es un folleto en el que Muro presenta y analiza el testamento de uno de los primeros encomenderos asentados en la región de Juchipila: Cristóbal Hurtado de Mendoza. Está fechado el 3 de febrero de 1590 y fue formulado ante la presencia de fray Juan de Orduña, guardián del convento de Juchipila, debido a que, por esos años, en esta población no residía persona de justicia o escribano alguno.

José Muro nos relata algunos aspectos de la vida de Cristóbal Hurtado, quien perteneció a una de las familias más importantes y de renombre en el ámbito político y administrativo de la ciudad de Guadalajara, poseedora de una cuantiosa fortuna. Todo lo anterior acarreó enormes beneficios a Cristóbal, quien fue nombrado primeramente administrador de las salinas de Chiametla y, poco después, favorecido con la encomienda del pueblo indígena de Cuxpala, "pueblo prehispánico perteneciente al gran núcleo Caxcán, señorío sujeto a Juchipila". Cabe hacer mención que dicho pueblo aún existe y pertenece al municipio de Moyahua, Zacatecas.

El folleto es de sumo interés en cuanto que, como el mismo autor lo señala, contribuye de manera importante al estudio, análisis y aprovechamiento de los documentos aquí presentados, en beneficio de la historia del Cañón de Juchipila.

Xúchil (La fiesta de las flores), es el título de otro de sus libros. En él plasma Muro su sensibilidad poética, narrando en verso la tradicional fiesta de Juchipila. Fue publicado en la primavera de 1974 con el patrocinio del entonces presidente municipal de Juchipila, Salvador Enríquez Cid, la escuela Benito Juárez y varias instituciones de giro comercial.

Entre los artículos que ha publicado en la revista *Estudios Históricos*, destaca el que trata sobre la historia del cañón o valle de Juchipila. Ahí describe la ubicación geográfica del cañón, sus primeros pobladores, vida, costumbres y tradiciones; la conquista militar y religiosa y las fiestas principales.

Sobre este último punto, menciona que en Juchipila se pueden observar todavía las ruinas del que fuera el templo o adoratorio de los antiguos pobladores del lugar, señalando que, en la parte alta de la pirámide, se encontraba una piedra grande que servía de peana al ídolo o dios Xochipilli, “El niño de las flores”, cuya figura era la de un niño sentado, sin ropas, sosteniendo en la mano derecha un ramo de flores de jacalásúchil, puesto que esa flor era la obligada en la festividad del dios, a quien se honraba con la ceremonia del Xochilhuitl desde el año de 1180, aproximadamente. Esta tradición sigue vigente en Juchipila, aunque ahora se le conoce como la fiesta del Xuchil.

En relación con esta fiesta de filiación prehispánica, José Muro nos relata que la flor del jacalásúchil era la que se usaba en el ritual como ofrenda o como adorno de las mujeres. Esta festividad consistía en que, tanto hombres como mujeres, señores y macehuales, se unían a tal acontecimiento desde cuatro días antes, haciendo ayunos y penitencias, consistentes en privarse de manjares y platillos apetitosos, como carnes condimentadas a base de moles y pepianes, absteniéndose también de comer chile y ají; “tomaban durante el día una sola comida frugal y por la noche, precisamente a media noche, ingerían una bebida a la que llamaron “Tlaquilatolli” cuya etimología del náhuatl es Tlaquialli que significa comida o vianda y “Atolli” que significa atole”.

Dicha bebida era servida en un jarro o cazuela que se adornaba con una flor.

El autor considera que esta bebida es la misma que se acostumbraba tomar todavía en las primeras décadas de este siglo, conocida con el nombre de *xocoatole*.

Siguiendo con la festividad, José Muro nos dice que quienes la celebraban con más religiosidad se abstenían, en honor a su dios, de todo contacto carnal durante los cuatro días anteriores y que si alguien quebrantaba la abstinencia, se decía que había “ensuciado el ayuno” y era castigado por su “Señor”, quien les enviaba en venganza diferentes enfermedades, como diviesos, incordios, etc., y hasta les dañaba con enfermedades de las llamadas secretas.

Al quinto día se efectuaba la festividad del “Señor de las flores”, a la cual se incorporaba todo el pueblo. Se elegía a uno de los participantes y

se le vestía con atavíos similares a los que portaba Xochipilli, como si fuera su imagen o persona, y se iniciaba la peregrinación por todo el pueblo, acompañados de tambor, teponaztli y chirimía, hasta llegar al medio día al sitio donde se encontraba su “Señor”, ante quien “descabezaban codornices derramando su sangre delante de él. Otros sangraban sus orejas, otros más traspasaban sus lenguas con puntas de maguey y por aquel agujero hacían pasar mimbres hasta sangrarse y otras muchas y variadas ofrendas...”

Las ofrendas que obsequiaban al “Señor de las flores” consistían en llevar cinco panes redondos elaborados a base de maíz, que llamaban “tamales”, en los que se colocaba un “Xichimitl” flor y saeta; otras personas ofrecían maíz tostado condimentado con miel de panales silvestres, otras más adornaban sus panes con una figura a manera de rayo y había quien lo hacía con figuras de mariposas.

Después de obsequiar las ofrendas se bailaba ante el “Señor de las flores”, portando en las manos el “Tepaliolixtle” o pañuelo rojo, símbolo del corazón.

Dicho pañuelo se tomaba con las dos manos, entre el índice y pulgar y se agitaba con gracia, obedeciendo al ritmo de la melodía y la danza, luego se pasaba por la espalda casi cubriendo la cabeza y dando la vuelta alrededor del cuerpo del “Macehuani” o bailaror, significando todo esto el cobijo o amparo, la protección, del dios Xochipilli sobre el ejecutante, para finalmente “ser puesto otra vez frente de quien lo maneja, bordando con los pies la filigrana de una danza individual, austera, ritual y reverente...”

Y así sucesivamente se va pasando el pañuelo de mujer a hombre y viceversa, hasta que todos los asistentes han participado ya.

La fiesta termina con un convivio popular en el que se ofrecen diferentes platillos y bebidas, como el tradicional tejuino, el tepache, aguas frescas y pulques, nombrándose al final al grupo de personas o “fiesteros” que al siguiente año se harán cargo de la organización del evento.

Cabe señalar, además, que en la actualidad el señor Muro está trabajando tres proyectos de investigación: una monografía sobre el Cañón de Juchipila, otro sobre los tastuanes y el Xúchil, y una historia de Zapopan.

Por otra parte, debemos añadir que Muro es poseedor de una gran variedad de objetos antiguos, afición que le fue heredada, nos cuenta, por su abuela, Antonia Castañeda, quien a su muerte le dejó todas sus pertenencias.

Entre los objetos de tiempos remotos que más aprecia se cuentan los siguientes: un cristo llamado del Santo Entierro, realizado aproximadamente en 1750, que donó a la capilla de su natal barrio de San Francisco

en Apozol; varios óleos, entre ellos una medalla de la Inmaculada Concepción, Nuestra Señora del Carmen, Nuestra Señora del Refugio y un Señor San José. Además, un Cristo romano misionero, patrono de la buena muerte, trabajado en cobre; una colección completa de ornamentos para la santa misa, elaborados en raso de seda azul con estampados en hilo de plata. Componen esta colección una casulla, dos dalmáticas y una capa pluvial (la cual es usada para dar la bendición con el Santísimo); una palmatoria en madera de sabino, del siglo XVI, adorno de los altares de la época. Asimismo, cuenta con un retrato en tamaño natural de Sara Gutiérrez Béjar, la primera mujer tapatía telegrafista, pintado en 1892, y diversas piezas de herrería de lo más variado. Todo ello hace de su casa de Zapopan, Jalisco, un verdadero museo.

En su casa de Apozol, se encuentra otra colección de piezas antiguas de cerámica, todas procedentes del cañón de Juchipila, compuesta aproximadamente de 500 piezas: utensilios de uso doméstico, ídolos, flechas de obsidiana, collares indígenas y muchas más.

Don José Muro, a pesar de que vive distante de su pueblo natal, Apozol, nunca deja de pensar en él y, como todo buen lugareño, regresa de vez en cuando a la casa que lo albergó en su infancia.

Visita a sus amigos y aprovecha la oportunidad para charlar con los conocedores de la región sobre la historia y la geografía del cañón de Juchipila, el único vergel florido zacatecano, con sus panoramas de soles intensos, auroras relumbrantes y noches inmensas de luna, sin olvidarse de regresar también a las sierras de Nochistlán y Morones que delimitan el cañón, con su abundante flora y fauna, ni de visitar los centros ceremoniales localizados aledaños al pueblo. Desde Guadalajara, organiza excursiones por esos bellos parajes con el afán de que toda la gente conozca tan singular rincón de la patria, sin dejar de lado los paseos por el Miztón, donde cazcanes y españoles libraron una de las batallas más violentas de toda la guerra de Conquista.

Es pues, José Muro, un hombre de bien que se ha sabido entregar plenamente al conocimiento del pasado de su región, la Caxcana, empeñado en rescatar las tradiciones de sus antepasados y en que los residentes de estos lugares conozcan y reafirmen su identidad cultural. Por todo lo anterior, y por muchos motivos más, el pueblo de Juchipila y El Colegio de Jalisco han querido rendir este merecido homenaje a tan apreciado y distinguido mexicano.